

# Plan de Campaña antituberculosa



## CONFERENCIA

DADA EN LA

SOCIEDAD DE CIENCIAS DE MÁLAGA

el 2 de Marzo de 1903

POR EL

**Doctor F. A. RÍSQUEZ**



MÁLAGA - 1903

Tipografía de *EL ÚLTIMO*

DIARIO DE LA TARDE

Molina Lario. 2

SOCIEDAD MALAGUEÑA

DE

*Ciencias Físicas*

Y

*Naturales.*





SM 3/24  
**Plan de Campaña antituberculosa**



M- MED- 5000

# CONFERENCIA

DADA EN LA

## SOCIEDAD DE CIENCIAS DE MÁLAGA

el 2 de Marzo de 1903

POR EL

### Doctor F. A. RÍSQUEZ



MÁLAGA 1903

*Tipografía de EL ÚLTIMO*

DIARIO DE LA TARDE

Molina Lario, 2





## Señoras y Señores:

Os agradezco infinito que hayais querido venir á esta conferencia, que una condición inusitada confirma en su carácter de extraordinaria; y es ello que, mientras todos vienen aquí á dar de lo que tienen, á dar ciencia, arte, enseñanzas, yo vengo esta noche á pedir; sí, señoras y señores, á pedir vuestro concurso para una obra benéfica y civilizada, en la cual va la fama de Málaga, el nombre de España, la riqueza pública, la tranquilidad privada, todo cuanto hay de grande en los sentimientos altruistas y todo cuanto hay de permitido en los sentimientos egoistas.

Y es tan seria la responsabilidad de este lamamiento, que necesito aliviarme de cuanto peso alcance á descargar sobre hombros ajenos. Verdad que debo confesarme reo irredento de lesa benevolencia social, por haber ocupado vuestra atención tres veces diferentes en menos de un año, sin que me solve el propósito firme de no abusar más de ella; pero esta noche la culpa es toda entera — aunque él parece no darse por enterado — toda íntegra;

Sres., de nuestro apreciado consocio el Doctor don Francisco Rivera Valentin. Por causa suya, yo no soy esta noche sino un impulsivo irresponsable, fascinado por el tema de aquella conferencia con que nos regaló hace días; yo soy un soñador arrebatado por la hermosura de una idea, arrastrado sin saber aún á donde llegaré, por la magia de un pensamiento sugestivo

Recordaréis que el citado compañero vino aquí á reivindicar para Málaga el título de ciudad salubre, que los cálculos irreflexivos le han arrebatado; á rescatar para este suelo el concepto de Paraíso de Andalucía, que la fama le ha discernido, y á indicar las medidas reclamadas por las necesidades de esta urbe y por la suerte de sus pobladores. Y yo que comprendo mejor mientras más lejos de la patria vivo, cuánto duele el descrédito injusto arrojado sobre la tierra que sintetiza para el hombre el pasado con sus memorias, el presente con sus dones y el porvenir con sus promesas, comprendí al patriota, aplaudí al intelectual y he sentido la necesidad de seguir al propagandista.

Por eso he venido esta noche y para deciros que si Málaga no es la ciudad malsana que las estadísticas acusan, todavía puede ser con poco esfuerzo, casi con sólo quererlo, como lo he dicho más de una vez, el *Sanatorio natural de España*.

Yo os suplico me acompañeis en la exposición del plan de campaña higiénica anunciado, y al efecto recordaré, como fundamento de mi tesis, los datos y conclusiones aportados en el importante trabajo del Dr. Rivera Valentín.

Si damos crédito á las estadísticas que se reducen á arrojar cifras sin explicarlas, ni comentarlas, Málaga es una de las poblaciones menos favorecidas de España, con ser España una de las naciones menos favorecidas del mundo, pues su mortalidad oscila entre 29 y 40 por 1.000, siendo solo 20 la media en las ciudades higienizadas. Pero si, tomando nota de las acertadas observaciones del Dr. Rivera Valentín, en concordancia con el concepto universal de que goza este suelo, rebajamos unos cuantos enteros al promedio de mortalidad apuntado, hallaremos que es Málaga, entre las principales ciudades españolas la más salubre, excepción hecha de Barcelona, superior á todas las del reino. Si agregamos que las causas generales de muerte van debilitando su desastrosa influencia, por la sola virtud de las sencillas medidas que sin hacer ningún sacrificio se han realizado en estos últimos tiempos, podemos ver que vamos en camino de igualar, si no de superar á la ciudad condal; y si por último, llegamos á conseguir se pongan en práctica, hasta donde alcancen las fuerzas, los medios de suprimir ó disminuir

el número de ciertas enfermedades de las llamadas evitables, porque la higiene viene borrándolas en los cuadros de mortalidad de las ciudades cultas, llegaremos á la hermosa conclusión de que Málaga, con su naturaleza privilegiada, podrá competir en salubridad con las más sanas poblaciones de Europa.

En efecto; Málaga tuvo en un periodo de 9 años contados de 1889 á 1897 una mortalidad media de 32,81; pero en el trienio de 1900 á 1902, esa cifra ha bajado á 31, 31, cantidad que todavía desciende á 28, 40, al suprimir los muertos en el Hospital Provincial, que por no ser de Málaga y no figurar cuando vivos en su censo, no deben luego incluirse en la mortalidad general, y por igual motivo, los que mueren entre las personas de otros lugares que vienen ya muy graves, buscando aquí la salud perdida para siempre.

Esa cifra es todavía fuerte; pero la última estadística demográfica publicada demuestra que sigue declinando. Compárese el mes de Enero último con el mismo mes del año anterior y se hallará que si en Enero de 1902 hubo un total de muertos de 371, en Enero de 1903 no alcanzó sino á 336, esto es, 35 defunciones menos en el transcurso de un mes; si en Enero de 1902 murieron de más de 60 años 112, en Enero de 1903, este número subió á 121, es decir, mayor número de personas que llegaron á viejos.

Además, que  
en vez de 133 niños, murieron, sólo 108;  
» » » 21 adolescentes » 18;  
» » » 105 jóvenes y adultos, » 89;  
todo lo cual significa mayor longevidad, mayor conservación de pobladores y mejor aprovechamiento de las energías de la existencia.

Sin embargo, no nos durmamos al arrullo de tan lisonjeras promesas; todavía hay mucho que hacer, mucho que alcanzar y yo he venido aquí, repito, á invítaros á que intentemos realizarlo.

Nos ha demostrado el distinguido causante de esta conferencia mía, que los factores principales de la mortalidad de Málaga son: la cifra alarmante de niños que perecen antes de llegar á los 6 años; la más aterradora, si cabe, de los de toda edad que sucumben á la tuberculosis, y finalmente, la producida por enfermedades infectivas, que ahondando más encontraríamos superior á la acusada, según raciocinios que he desarrollado en varios de mis anteriores trabajos; pero que de todas maneras puede ser rebajada, pues se refiere á enfermedades evitables, entre las cuales figura la viruela, ese oprobio de las poblaciones cultas, que ya no la consienten en su seno.

Por manera que una campaña higiénica en su expresión más sencilla, quedaría reducida á combatir las infecciones generales, á cuidar á los niños y á dominar la tuberculosis.

Lo primero no es de este momento exponerlo, sobre todo cuando ya he dicho todo mi pensamiento en la serie de artículos que publiqué sobre *Higiene de Málaga*: pero debo en esta ocasión repetir que la desinfección de esta ciudad, si no pueden imponerse los grandes sacrificios que demanda una rigurosa higiene, es todavía practicable con un tanto de voluntad y energía, así como es de justicia consignar que las medidas dictadas por el Ayuntamiento y la Alcaldía, las que está tomando la naciente Sociedad de Higiene y las que en otros centros oficiales y particulares se están llevando á cabo, van reduciendo de rápida manera la mortalidad por enfermedades infeccivas. Esperemos los resultados, sin descansar en los medios, y quede para otros, si necesario fuere, el ocuparse en el tema de la desinfección de Málaga, que no cabe en el programa de esta noche

Lo segundo tendrá que ser motivo de una conferencia aparte, tal es la magnitud de su importancia, y yo no dudo que pronto oiremos aquí mismo la exposición que nos conduzca al fin deseado, que tanto me ha preocupado otras veces de reducir la mortalidad de los niños. (1)

---

(1) Véanse mis artículos *En pos de salud, Se van los niños*, publicados en *El Cronista*.

Lo tercero es el objeto principal de esta conferencia y á él habré de concretarla.

Comparad las estadísticas de España con las de otras naciones, en cuanto á mortalidad por tuberculosis; consultad los datos de la ciudad de Málaga con los de otras capitales españolas recordad las alarmantes proporciones que arroja el trabajo del Dr Rivera Valentin; volved la vista á todos lados, interrogad, escurrid y hallareis siempre á Málaga cargando con el peso indebido de una mortalidad por tuberculosis, que no se compadece con las condiciones climáticas de la localidad; porque todos sabemos que no hay ninguna que la supersen ventajas naturales para la curación de la tisis.

Luego la razón está en otra parte y vamos á buscarla, para luego indicar el modo de remediarlas.

Escudriñando las causas de la excesiva mortalidad por tuberculosis en Málaga, encontramos:

- 1.<sup>a</sup> la mala alimentación;
- 2.<sup>a</sup> la falta de aire puro;
- 3.<sup>a</sup> el desconocimiento de las predisposiciones;
- 4.<sup>a</sup> el descuido de los estados procuradores de la tisis;
- 5.<sup>a</sup> la difusión del contagio.

La primera de estas causas no necesita explicación. Una ración alimenticia insuficiente, en cantidad y calidad, enerva las resisten-

cias y prepara el terreno á la tuberculosis. El régimen animal, el que acerca más al hombre á la condición del carnívoro, es el que más garantías dá de sust aerse á una enfermedad casi desconocida en los animales car. ívoros, y cuando no hubiera otros motivos, bastaría presentar como pruebas las experiencias de Richet y Héricourt, confirmadas por muchos observadores, demostrando que los animales alimentados con jugo de carne cruda resisten á la tuberculosis inoculada y triunfan sobre el mal ya en desarrollo. De aquí que en la práctica civil y en la de los Dispensarios y Sanatorios para tuberculosos, el empleo de la carne cruda, ó el del jugo fresco, lo que se ha llamado la *zomoterapia*, constituye el fundamento obligado del régimen alimenticio de los enfermos.

Si á esa escasez de alimentos apropiados se agrega el error de pretender engañar la necesidad con el estímulo del vino, llenando con los vapores del alcohol los vacíos dejados por la alimentación en defecto, se vera una razón más para que las sociedades modernas se preocupen tanto del alcoholismo, como causa importante de tuberculosis.

Peró si el pueblo español es sobrio; si 20 ó 30 reses diarias podían abastecer á 133.000 pobladores, si garbanzos, boquerones y gazpacho pueden alcanzar á reparar las pérdidas del trabajador malagueño; si el alcoholismo

es no sólo un vicio que envilece al hombre, sino un tósigo que mata los pueblos, puntos son éstos que no entran en el programa de mi tesis actual y que sólo menciono para indicar una causa primera de carácter general, merecedora de atenciones especiales, que habrá de tenerse en cuenta al tratarse de cada individuo en particular.

El aire! Pasamos constantemente, sin cuidarnos de él, sobre abismos peligrosos, y menos mal si llegamos á advertirlo alguna vez. El hombre es un veneno para el hombre. El aire que sale de los pulmones contiene principios dañosos que, al ser de nuevo respirados, llevan á la sangre elementos de muerte. Las experiencias de D'Arsonval han demostrado de modo irrefutable que «el aire espirado tiene el poder de provocar en el individuo condiciones tan favorables á la aparición de la tuberculosis, que la permanencia en un lugar envenenado por el aire espirado es tan eficaz para producirla, como lo sería la inoculación misma del tubérculo.» Esos alojamientos, aun ocupados por personas sanas, en habitaciones donde el aire no se renueva; esos hacinamientos de seres humanos que canjean con sus alientos, hábitos mortales, hacen todavía más daño que el no comer ó el mucho beber.

Aire libre, aire puro, aire renovado es la condición primera que exige la curación y la

prevención de la tuberculosis, y sin querer detenerme en este punto, que otras veces he explanado aquí mismo, (1) me limito á llamar hácia él la atención de los individuos, para que huyan del gran peligro de "perpétuo envenenamiento"; de las autoridades, para que se esfuercen en obligar el cumplimiento de leyes vigentes sobre construcciones; de los higienistas, para que no desmayen en el empeño de lograr que cada habitante de Málaga tenga en sus viviendas, en sus dormitorios, en sus salas de reunión, en sus talleres, en las calles, en todas partes, la cantidad de aire siempre nuevo, pues casi no se comprende como se procura tan empeñadamente no llevar al estómago, tan tolerante, en materia de infecciones, alimentos puros, agua limpia renovada, y en alejar hasta perderlas de vista todas las excreciones de nuestro organismo, y se conforma uno con llevar á los pulmones, tan delicados como son, el aire ya rumiado, la atmósfera envenenada por la exhalación de uno mismo ó de otros seres, sanos ó enfermos, que deja en el pecho gérmenes de muerte.

Y por último, en materia de desinfección, conviene citar esta aserción de Mackenzie, que he leído en *The Lancet* de 31 de Marzo de 1903: «Hace más de 50 años—dice—que

---

(1) Véanse mis Conferencias: *Como pueden vivir los pobres higiénicamente.*

En Inglaterra y otros países la mortalidad por tuberculosis ha disminuido, mucho antes de desinfectar los esputos y aislar los enfermos, tan solo por el mejoramiento de la salud pública: mejores desagües, mejor alojamiento, mejor alimentación y mejor vestido.»

El estudio de las predisposiciones á la tisis ha sido en los últimos años el ideal de la lucha antituberculosa, pues es obvio que si se sabe de antemano por cuales señales se conoce que un individuo ofrece un terreno abonado para la enfermedad, bastará modificar ese terreno cuando se quiera evitar de un modo cierto el desarrollo del mal.

Yo no puedo entrar aquí en explicaciones técnicas, porque no me dirijo á los médicos, que saben acaso mejor que yo en qué consisten, cómo se descubren y de qué modo se combaten esos estados de predisposición. Bastará á la gran masa de mi auditorio recordar que la herencia es un factor de grande alcance, aunque no es ni necesario, ni fatal; pero como es ley de biología que todo ser engendra su semejante, es indiscutible que aquel individuo cuyo organismo fué terreno propio á la evolución de la tisis, participa y hará partícipe á sus allegados por los vínculos de la sangre, de aquellos elementos de predisposición morbosa, si bien es cierto que las circunstancias del medio en que cada cual evoluciona puede hacer de un predisuesto por

herencia un resistente por desarrollo, de la misma manera que un organismo tan vigoroso que pareciera inmune, puede trocarse en una víctima de la tuberculosis.

Por lo demás, el Médico, que conoce los estigmas reveladores del mal, desde la configuración del pecho, los dedos hipocráticos y las rosas de los pómulos, con que desde los tiempos del padre de la Medicina se han distinguido los candidatos á la tisis; hasta el filete rojo de la encía, la mancha sangrienta de la conjuntiva y los ojos de mirada tierna y belleza angélica que describe Ribard; el Médico, repito, tiene en su perspicacia clínica la pista del peligro y encontrará en los nuevos descubrimientos de Boureau, Joulie y otros, sobre acidez urinaria, y en los preciosos estudios de Albert Robin y Maurice Binet, sobre el quimismo de la respiración, los elementos suficientes para decir con toda evidencia á los interesados que deseen saberlo: «he aquí un predestinado: opongámonos á su caída é impídamos que concluya por ser víctima.»

He dicho que hay estados precursores de la tisis cuyo descuido lleva á la consunción declarada.

Nadie ignora que una persona que enflaquece sin motivo aparente debe inspirar sospechas dignas de atención; que un niño portador de esos rosarios de ganglios en el cuello y las ingles, está denunciando la escrófula,

que es la antesala de la tuberculosis; que esos niños páidos con los tintes de la anemia y los sufrimientos de la clorosis, son como yesca para la chispa del tubérculo; que todo individuo que al menor enfriamiento se constipa, ó con frecuencia se acatarra y tose, lleva una espina clavada en sus pulmones; que hay, en fin, enfermedades como las bronquitis, la gripe, el sarampión, y otras que favorecen la tisis. Pero acaso es menos sabido que uno de los padecimientos que más comunmente conducen á la tuberculosis es la dispepsia, por lo cual ha dicho Germain Sée: «el tubérculo comienza y acaba frecuentemente por la dispepsia»; tal vez se sepa menos que la tuberculosis latente no tiene en ocasiones otro signo revelador que lijeros accesos de fiebre, á veces inadvertidos, que vienen entre días y pasan tan silenciosos como vinieron; y en fin, que una respiración corta, y repetida, una lijera disnea que no se revela sino porque los movimientos respiratorios en vez de guardar con el pulso la relación de uno pasa cuatro latidos, se aproximan hasta corresponder una respiración á tres y aun á dos pulsaciones, está indicando que esos pulmones están atacados, ó por lo menos corriendo un grave riesgo.

Si todo el mundo supiera eso, si todos se fijasen en esos detalles, y pidiesen á tiempo los consejos de la ciencia, el enflaquecimiento la escrófula, la clorosis, los catarros, la dispepsia,

la fiebre y la cortedad respiratoria se modificarían oportunamente, la tuberculosis no se desarrollaría y el grande azote de las poblaciones iría desapareciendo.

Y por último, qué decir del contagio, como causa de la tuberculosis? Librado sea yo del cargo de suponer que en él no crea, yo que profeso y he sostenido la opinión de que todo enfermo es una fuente de contagio, lo mismo que se trate de tuberculosis, como de pulmonía, de una fiebre ó de una infección cualquiera ó de una simp'e neurosis, como el histerismo ó el baile de San Vito; no se me atribuya el error de negar que los esputos de un tuberculoso, el aire que elimina los residuos que expulsa, su sangre, su linfa, sus sudores, sean capaces de propagar la enfermedad, porque eso nunca lo ha negado nadie. Lo que yo he sostenido y seguiré repitiendo es que los principios contagiosos de la tubercu'osis no podrán nunca producir el mal, en las condiciones generales de la vida, sobre un individuo de organismo resistente; que no comer carne, ó vivir encerrado, predispone más eficazmente á la tisis que consumir carne ó leche cocidas de vacas tuberculosas, ó respirar aire libre al lado de un tísico; que ese temor al contagio que hace para algunos del enfermo de pecho un ser inabordable, y de la morada de un tísico un lazareto que p de cordón sanitario ó destrucción por el fuego, tiene mucho

de una puerilidad indigna de consideración seria.

El tuberculoso es un enfermo como cualquier otro cuyas excreciones pueden ponerse, en condiciones de no hacer daño y á quén se enseña fácilmente cómo puede vivir, no solo sin perjuicio de sí mismo ni de otro, sino manteniendo, por cuidados de desinfección, á su alrededor un ambiente más salubre que el ocupado por personas sanas, que se creen por este solo hecho inofensivas.

El contagio, es verdad, es un peligro; pero á evitar o tienden las enseñanzas que se adquieren por el hábito en los Dispensarios y Sanatorios; debe ser asunto de educación práctica hasta en las escuelas, y á impedirlo es necesario que se dirijan las disposiciones legales encaminadas á la declaración de la tuberculosis, á la desinfección de los alojamientos, á las prescripciones higiénicas y á las prohibiciones policíacas. Pero mientras se combate por ese lado el contagio, aunque nunca pueda evitarse enteramente, valdrá siempre y más vigilar en los individuos la predisposición, cerrar las puertas de entrada al enemigo y hasta dejar al germen que se agote, por falta de medios orgánicos donde desarrollarse.

Más supongamos que la despreocupación, el descuido, la ceguedad, ó una brusca acometida hayan dejado pasar las predisposiciones y que la tuberculosis no es ya un mal

que amenaza, sino una enfermedad que ha atacado —¿Tendremos que cruzar los brazos declarándonos vencidos? No, de ningún modo.

Si pudo haber un tiempo en que la palabra tuberculosis, y con razón mayor la tisis, equivalía á una sentencia de muerte, hace ya muchos años se ha demostrado que la tuberculosis es una enfermedad curable y evitable. No evitarla es una falta; no curarla es un fracaso; dejarla abandonada es casi un crimen.

Porque nadie ignora hoy que la tuberculosis convenientemente tratada se cura con tanta mayor seguridad cuanto más temprano se empiece á combatirla, que la primera manifestación de una tuberculosis no mata nunca y que esta enfermedad no se desarrolla sino en individuos preparados para dar cabida al mal, por debilidades heredadas ó adquiridas, hijas casi siempre del abandono, del escepticismo ó de la ignorancia.

Pues bien; es necesario decir á los abandonados, alerta; á los escépticos, convenceos; á los ignorantes, aprended. Es indispensable enseñar que la tuberculosis mata porque se desconoce á los predispuestos, porque se descuida á los incipientes porque se abandona á los avanzados; decir que si se pensase en los unos se salvarían todos, si se cuidara á los otros se curarían los más, y si se atendiese á los últimos muchos e caparian.

Hay una verdad fundamental que quisiera

yo ver grabada en todos los espíritus, desde los más cultivados hasta los más ignaros. *La tuberculosis es la enfermedad de los organismos empobrecidos*, y así como ni el contagio ni la herencia son capaces de dar origen á la tuberculosis en un individuo bien cuidado, basta un estado de debilitación orgánica cualquiera para temer su aparición en quien ni la hereda, ni la ha buscado. Dicho queda con esto que la gran masa pobladora, el montón de los pobres, constituye el foco donde la tuberculosis se cria, para salir de allí á echar raíces entre las clases acomodadas, donde quiera que una causa debilitante le ofrece condiciones abonadas para su desarrollo.

Los ricos, los que saben cuidarse, los que pagan sus médicos y pueden atender á la más ligera indisposición de su salud, esos saben cuándo y á quién deben acudir, y podrán siempre poner en práctica los consejos de la ciencia. Pero los pobres, los que más enferman, los que menos á tiempo solicitan la opinión facultativa, los que arrastran sus penalidades mientras el alma alienta y sacan fuerzas de flaqueza para sostener los instrumentos del trabajo, esos son los que la necesidad convierte en inculpables propagadores de la enfermedad, y ellos, por consiguiente, los que deben ser, y en realidad lo son, el objetivo principal de la campaña antituberculosa.

Por ellos y para ellos han sido creados

principalmente los Dispensarios y los Sanatorios populares. El Dispensario, señores, que es «la fórmula más avanzada de la lucha antituberculosa, el gran salvador de las poblaciones diezmadas por las tisis, la institución que con menos recursos y menos gastos hace la misma obra que el Sanatorio, con la ventaja de conservar al enfermo en su domicilio, dejándole sin peligro al lado de su familia y hasta autorizándole para ganar el pan. Hogar, familia y jornal, esos tres compañeros tan queridos del pobre, que el corazón se le hace sangre cuando tiene que abandonarlos para ir al Hospital ó aún para dirigirse á Sanatorio.» (Bernheim)

El Dispensario debe existir en toda población como defensa contra la tisis, porque es el centro á donde debe acudir todo aquel, pobre ó rico, que sospeche ó pueda temer, ó que adolezca de alguno de los estados generales ó locales que engendran ó constituyen la tuberculosis; el sitio á donde puede ir sin que nada le cueste, el aprensivo ó el enfermo, para que la tranquilidad suceda en su ánimo al temor, los temores no se conviertan en realidades, y la realidad no le conduzca á un fin funesto; el lugar donde se distribuye, no solo el consejo siempre útil y el consuelo siempre oportuno, sino la medicina al pobre, el alimento al necesitado y el vestido al indigente; la escuela práctica, en fin, donde se aprende con el ejercicio la manera de cuidarse, de no hacer daño

á los demás, y de donde sale el socorrido para ir á sembrar, no ya el germen de una enfermedad, sino la enseñanza higiénica provechosa á todos.

Yo veo llegar todos los días á mi consulta tuberculosos pobres, los más en periodos avanzados, que se consumen encerrados, por temor al aire, envenenándose con su propia respiración y la de otros, por falta sin duda de un mandato, ó de un consejo; tísicos que arrastran su existencia impidiendo de la caridad pública un pan, una medicina, un alivio, que encuentran, es verdad, pero á costa de fatigar su cuerpo escuálido y someter á esfuerzos imposibles sus pulmones exhaustos, que piden reposo y no cansancio, perdiendo en gasto inútil lo que la caridad les brinda.

Y cuántas veces, al contemplar acongojado tanto daño remediable y sin embargo irremediado, he llegado á exclamar: «he aquí unas víctimas que un Dispensario y un Sanatorio, sostenidos con esas mismas limosnas que cada enfermo busca por su cuenta sin poder utilizarlas, habrían arrancado á una muerte ya hoy inevitable».

Málaga, sin Dispensario antituberculoso, es un contrasentido; esta masa de pobres sin recursos contra la tisis que la azota; este suelo envidiado convertido en semillero de tísicos á despecho de sus inmejorables condiciones climáticas, es cosa que vista desde dentro acaso

no se note, pero observada desde fuera es una mancha que debemos apresurarnos á borrar, cuando no por patriotismo, por misericordia, á lo menos por propia conveniencia, para que esa mancha no alcance y marque con su fúnebre sello á los que elevados sobre el nivel común, no se dan cuenta de que están aspirando el vaho mortífero que exhala á todos vientos la tisis descuidada.

Y no se crea que indico ó pido un sacrificio, no, señoras y señores; la instalación de un Dispensario es asunto de nada y su sostenimiento es cosa de muy poco. Un cuarto con un par de mesas, dos ó tres sillas y otros tantos bancos; un médico y algún ayudante; unas pocas medicinas y la probabilidad de completarlo con algunos alimentos y vestidos para los necesitados. Eso es todo, y ya estaba asegurado y estuviera abierto desde hace algunos meses, si no me hubiese detenido la consideración de que yo no soy aquí sino un transeunte, un desconocido que no está autorizado para arrebatarse á los hijos de esta tierra el derecho santo de socorrer con sus propias manos á su pueblo nativo. Harto creo que me excedo cuando me permito, como ahora y antes, alzar mi voz para una indicación, ó un consejo; pero, señores, que me sea perdonado este entrometimiento en gracia de lo mucho que debo á Málaga: las atenciones de sus hijos, la hospitalidad de su suelo y la providencia de su cielo.

Con todo, lo hubiera abierto desde el 1.º de Noviembre pasado, con solo la ayuda que puede reunir en una semana; pero... cuando se es puramente humano, puede una mejilla exponerse, mas no hay valor para ofrecer la otra.

En Septiembre pasado, después de haber agotado aquí en artículos de periódicos, en propaganda personal, en reuniones de médicos y de capitalistas todos mis esfuerzos por el establecimiento de un Dispensario y un Sanatorio para ricos y pobres, presentado el asunto en sus diversas facetas de obra caritativa, de medida salvadora y de negocio industrial, fui-me en viaje de estudio hasta París, viendo, de paso por Valencia, cerrado el Sanatorio de Porta-Cœli, y regresé verdaderamente entusiasmado con lo que me enseñó la *Obra de la tuberculosis humana*, encantado de ver con qué modestia se instalan y con cuánta facilidad progresan los Dispensarios, por qué medios tan sencillos se ha logrado reducir la mortalidad por tuberculosis, se han atraído los enfermos al tratamiento precoz y se ha realizado el ideal de la curación de la tisis. Llegué á Málaga animado de los mejores deseos, busqué una persona de significación que se pusiese al frente de la obra y bajo la égida de su nombre, comencé el trabajo.

El resultado fué inmediato: ya tenía un local y quien pagase su módico alquiler; ya tenía con qué amueblarlo sin costo alguno; ya

tenia compañeros que me habían ofrecido su concurso facultativo; la generosidad de los farmacéuticos señores Pérez Souvirón, Caffarena, Prolongo, La Blanca, Aragoncillo y Franquelo me brindó la cantidad de medicinas que pudiesen necesitarse para más de 500 recetas mensuales. Era bastante para comenzar: yo no necesitaba más; en el trascurso de los tiempos Dios daría; tengo fe inquebrantable en el triunfo de las buenas obras. Pero yo no contaba con la huéspedada. Qué había de contar, si sintiéndome animado de los mejores deseos, juzgué que todos sentirían lo mismo, que nadie sería capaz de ceder á sentimientos contrarios y muchísimo menos de atribuir miras personales á aquella obra eminentemente altruista, que yo anunciaba y estaba á punto de realizar.

No diré más, sino que devoré la pena, suporté la injuria, sellé mis labios y mis brazos extendidos para hacer el bien cayeron para no alzarse más, presa de incurable desaliento. Incurable, porque si todavía me atrevo á alzar la voz en pró del establecimiento de un Dispensario en Málaga, como prólogo, á la vez que corolario de un Sanatorio, yo no podré jamás—me apresuro á decirlo—hacer otra cosa que ayudar con la palabra, pues los ajenos juicios han atado mis manos y mi delicadeza ha pue to en ese lazo un sello que toda mi voluntad no ha de romper.

Pero el Dispensario en Málaga está hecho, solo falta quien quiera abrir sus puertas y es necesario abrirlo, porque no es posible que sigamos viendo impasibles cómo á despecho de la naturaleza misma la tisis continúa su obra destructora, y ya no cabe en las más anchas tolerancias que los pobres sigan cayendo víctimas de la tisis, arrastrando en su caída á los que el movimiento social coloca junto á ellos.

Mas no lo he dicho todo, y es bueno que sepais lo que falta para que el Dispensario lleve su objeto.

El tuberculoso pobre que tiene médico á quien consultar y boticario que le dé la medicina, requiere también un vigilante que cuide de observar si se cumplen en el hogar las condiciones higiénicas de rigor y una mano que le ofrezca el alimento que hace falta y el vestido que da abrigo. Para esto se necesita un depósito de recursos, no importa cuánto, lo que se pueda recoger, para atender á esas necesidades tan apremiantes, si no más, que la medicina misma. Auxilios en forma de suscripciones, como limosna, ó donativo, en bonos de alimento, en vestidos, en mantas, usadas ó no, todo ha de recibirse, todo se utilizará, todo irá á constituir el fondo de socorros que han de distribuirse luego entre los pobres y necesitados

¿Qué puede suceder? ¿Que no se recauda ni una sola limosna, suposición inaceptable? Pues

los enfermos no contarán sino con la consulta, la medicina y la vigilancia higiénica, y esas serán nuevas probabilidades de escapar al peligro. ¿Que no se reune sino para dar alimentos á dos ó tres enfermos diarios, cincuenta, cien pesetas en un mes? Pues esas serán otras tantas víctimas arrancadas á la miseria y á la muerte. ¿Que no se puede cuanto se desea, que solo alcanzan los recursos para unos pocos? Tendremos paciencia, é iremos por grados. Al otro mes se podrá más, después más todavía y siempre se habrá echado la base de una institución necesaria para el pobre, conveniente para el rico y fecunda en beneficios para todos.

Me anticipo á impedir que me llameis iluso en demasia ú optimista exagerado.

¡Iluso! ¿Queréis saber cuál es el resultado de los Dispensarios antituberculosos? Oid lo que dice Bernheim á propósito de los fundados en París: «Al principio solo concurrían los más enfermos, los que habían arrastrado su mal por todos los hospitales, y que ya cansados, desalentados, abandonados de los médicos y abandonándose ellos mismos, venian sin esperanzas, sin confianza, con el escepticismo del enfermo que ya no se deja convencer, á consultarnos en nuestros Dispensarios porque *era cosa nueva*. Pero poco á poco venian enfermos menos comprometidos, casos menos malos, hasta que hoy tenemos la fortuna de trabajar so-

bre mejor terreno: la **mayor parte** de los que visitan nuestros Dispensarios son enfermos de primero y segundo periodos, con organismo todavía en estado de resistencia, que generalmente curan en tres meses; otros son enfermos más avanzados que no pueden ser sino mejorados, y otros de tercer periodo que solo son aliviados, pero que en todo caso salen de allí como todos, aptos para no ser dañosos á sus allegados.» Ese mismo es el resultado de todos los Dispensarios: educar á los enfermos, advertir los peligros, levantar á los caídos y proteger á todos. Os hago gracia de las cifras estadísticas, pues han de bastaros los hechos y las deducciones.

¿Me creéis optimista? Pues bien; os he dicho que el Dispensario está hecho y necesito demostrarlo, como se demuestran los hechos: ejecutándolos. Decidme ahora mismo que hay en Málaga una persona, de las presentes ó de las ausentes, una sola que acepte el encargo de recibir, guardar y distribuir lo que se recoja para la manutención y vestidos de los pobres tuberculosos, sin más trabajo que el de otorgar recibo de todo lo que se le entregue y despachar toda orden de alimento ó ropa que se le envíe; alce la mano un médico que quiera dar su nombre y ponerse al frente de la Dirección del Dispensario, ya que por la razón antes dicha yo me encuentro impedido de hacerlo, y no necesito más nada. El

Dispensario podrá abrirse inmediatamente.

Pues del mismo modo que me atrevo á prometer el Dispensario para el instante en que aquel as dos sencillas condiciones se realicen, también me comprometo á que el Sanatorio para pobres pueda hacerze tan pronto como haya en manos de una persona, casa ó corporación un fondo siquiera de mil ó dos mil pesetas.

¿De qué manera? Voy á explicarme.

Debo empezar por asentar que para la curación de los tuberculosos no se necesitan grandes comodidades, que las delicadezas de la gran vida no solo no hacen falta, sino que acaso están demás. Es cosa ya harto sabida que la gran revolución efectuada en estos últimos años en el tratamiento de la tuberculosis, convirtiendo la tisis del *oprobium artis*, que antes era en la enfermedad evitable y curable que hoy es, se reduce á lo que se ha llamado la trilogía de Brehmer: aire, reposo y alimentación; este aire bañado en luz que sobra en Máiaga; el reposo que nada cuesta á quien tiene quien le sostenga; la alimentación, que es casi el único gasto para el sostenimiento de un Sanatorio.

Vida tranquila al aire libre, donde el hálito que sale de los pulmones no vuelve á él á envenenarlos, donde no hay esas corrientes tan temidas que son la razón principal de haberse erigido en canon científico para la curación

de la tuberculosis, la *out door life* de los ingleses, que yo traduzco *la vida extra puertas*. Reposo en la silla de extensión, para evitar el consumo de fuerzas y materiales que el ejercicio impone y cumplir el precepto elemental de que todo órgano enfermo debe estar en reposo. Alimentación abundante, para oponerse al autofagismo y reparar las pérdidas excesivas en una enfermedad caracterizada por un desgaste exagerado, llamada por antonomasia *consunción*. Y para realizar estas condiciones, ya lo veis, no se necesita mucho. Si no hay un hotel, habrá un pabellón; si tampoco se puede, se levantará una barraca; si todavía es mucho, una tienda de campaña, última expresión de la economía, cuya moda se va generalizando más y más en los países de clima tan favorable como este, y en los más fríos, durante las épocas estivales.

Yo no pretendo, por tanto, ni se necesitan, Sanatorios como el de Planegg, cerca de Munich, que es un verdadero hotel de lujo, la última palabra del Sanatorio, una verdadera exposición de higiene, dedicado á obreros pobres; ni siquiera pido uno como el de Grabowsee, en los alrededores de Berlin, que es el tipo del Sanatorio popular, formado de 25 barracas de hierro y madera, cada una para ocho enfermos y cuyo costo ha resultado como de 1 000 francos por barraca. Con ser tan poco me conformo todavía con menos.

Yo no podría presentar un ejemplo más palpable de un Sanatorio barato y suficiente, modestamente instalado y con resultados admirables, que el ejemplo del Sanatorio del Hospital para tísicos pobres, de White Haven en los Estados Unidos del Norte, cuya historia y descripción, con grabados, he traído aquí para que podáis verlo, en este periódico, *Philadelphia Medical Journal*, de cuyo artículo titulado: «*El trabajo de un año en el Sanatorio de White Haven,*» entresaco las siguientes palabras:

«El Sanatorio de White Haven para tísicos pobres fué abierto el 8 de Agosto de 1901 con tres enfermos, un cocinero y un administrador.

Los edificios consistían en una barraca vieja y una casucha en muy mal estado, emplazadas en un espacio de 215 acres de terreno montañoso. El Hospital que lo creaba no tenía dinero con que acometer un Sanatorio bien equipado, ni manera de conseguirlo, y se decidió principiar del modo más humilde, fiando en la Providencia.

Se colocaron en el suelo desnudo de la barraca unas pocas camas sencillas; en la casucha se arreglaron dos cuartos para el administrador y el cocinero; se preparó una cocina muy primitiva; con tablas viejas se hicieron unos bancos y una mesa para el comedor y se gastaron unos pocos dollars en utensilios de comedor y de cocina.

El 12 de Agosto había 3 enfermos más. .  
El 1.º de Septiembre había 14... Para Octubre,  
eran 25... En un año hubo 156 admisiones.

Durante ese primer año se hicieron mejoras en los edificios; se puso un segundo piso á la barraca, se levantaron tiendas de campaña, etc....

Los resultados en ese año fueron superiores á lo esperado.

La mayor parte de los recibidos, al cabo de 3 meses de permanencia, salieron curados, en aptitud de trabajar, ó quedaron en el Sanatorio, camino de curarse. Solo hubo dos defunciones, de enfermos llegados en el último estado, tan malos que no pudieron ni siquiera ser sacados de nuevo...

Los enfermos vivían al aire libre, todas las 24 horas del día sin cuidarse del tiempo, ni de las corrientes de aire. Solo se cuidaba de tenerles bien abrigados... En la alimentación debían figurar, por lo menos, seis huevos y dos botellas de leche por día...

En conclusión... 1.º La tuberculosis es curable en las más primitivas condiciones, con tal que el paciente viva fuera de las habitaciones, *extra puertas*, y que se le alimente muy bien.. »

Ya veis, señores, que bastan unas sencillas barracas, unas tiendas de campaña, por toda instalación; una para comenzar, dos ó más separadas, á medida que las necesidades crez-

can y los recursos aumenten. Podrían comprarse tiendas como la de ambulancia modelo, de Riant, que cuesta, hecha de un todo, para 12 enfermos, 1.200 francos; ó la más perfecta aún, para hospitales de campaña, de Mignon Mahon, cuyo coste es de 1.400 francos para 32 enfermos; ó construirse barracas como las de los hospitales Beaujon y Cochin de París, ó lo que voy à proponer en seguida.

De todos modos, teniendo un Dispensario, el tuberculoso puede cuidarse en su propio domicilio, al lado de los suyos, con tal de ajustarse à las prescripciones facultativas, según su estado y situación. Los que no tengan hogar, ó no deban residir en él, irán al aire libre, al campo, al Sanatorio que vamos à levantar, ahora con el pensamiento y que mañana levantaremos con la acción, si logro convencer à los incrédulos, atraer à los rehacios y decidir à los convencidos.

Veamos cómo.

No ha de faltar un propietario que quiera regalar, ó arrendar, ó vender à plazos una hectárea, un trozo de terreno en un sitio abrigado, à no importa qué altura, mejor si pudiera encontrarse con todas las condiciones apetecibles, hasta con alguna casucha y muy bien si se encuentra lo más pronto alguno.

Vamos à construir el primer pabellón.

Elijamos un cuadrado de terreno de 10 metros por cada lado y dividámoslo en dos rec-

ángulos, por una hilera de tres ó cuatro pilares centrales; á 3 1/2 metros hacia ambos lados, y paralelamente, coloquemos otros pilares más cortos; formemos con zinc acanalado, ú otro material impermeable y barato, un techo á dos aguas, dejando así trazadas dos salas centrales y dos corredores exteriores cubiertos. Un cielo raso, si se hallase necesario, que deje circular entre él y el techo una corriente de aire aisladora y refrescante; un pavimento de cemento romano ó de asfalto, paredes de madera que no se eleven hasta el techo, y si se quiere menos, de lona embreada, sin interrupción la del centro, con dos puertas cada una de las laterales, y ya tenemos un pabellón abrigado y ventilado, higiénico y económico, bastante para ocho enfermos, y de un costo casi despreciable.

Un pabellón análogo, una casucha, una choza pueden arreglarse para un cocinero y un par de sirvientes; unas camas modestas y unas mesas; unos bancos de asiento relleno para tenderse en los corredores; unos utensilios de cocina y de mesa, y quedó ya completo nuestro Sanatorio de á mil pesetas.

De día, los enfermos tendidos haciendo su cura de reposo y de aire, ó haciendo alguna labor permitida, los que puedan trabajar, comiendo allí mismo á las horas reglamentarias, y de noche en los salones cerrados y con aberturas en la parte alta, para que el aire

circule libremente á toda hora, sin haer da-  
ño. ¿Habrá quien diga que eso no es hacedero  
y suficiente?

Y para sostener ocho enfermos y tres em-  
pleados, cinco ó seis duros diarios. Eso es  
todo y no se necesita más.

Yo quiero preguntar si no habrá en Málaga,  
entre tantas personas acomodadas, cinco ó seis  
que quieran separar de lo supérfluo cuatro ó  
cinco pesetas diarias, veinticinco ó treinta  
duros cada mes, para dotar una cama, salvar  
la existencia de un semejante y ahuyentar el  
peligro para su propia vida y la de los suyos.  
Si no hay esas cinco ó seis personas entre los  
133.000 habitantes de la quinta capital de Es-  
paña; si se demuestra que no las hay, enton-  
ces, declaremos. . Pero no, no declaremos na-  
da, porque eso no debe suponerse siquiera.  
Y si las hay, pongamos de una vez manos á  
la obra y tendremos el Sanatorio, primero  
para ocho enfermos, después habrá para ochenta  
y con el tiempo habrá para ochocientos. No  
haremos milagros no forzaremos las probabili-  
dades, nos extenderemos hasta donde nos al-  
cancen los medios y recordemos que así como  
en los seres vivos las funciones hacen los ór-  
ganos, en el organismo social las necesidades  
crean los recursos.

Yo sé que la Sociedad de Málaga acude  
siempre sin esfuerzo á ejercer la caridad, dan-  
do al hambriento de comer, vistiendo al des

nudo, sacando el óbolo para el necesitado, sin pensar siquiera que semejante acción pueda en lo más mínimo redundar en provecho del donante. Pues con razón mayor he de confiar en que esas mismas personas misericordiosas ofrecerán su concurso con la mejor voluntad cuando sepan que esa limosna no va tan solo á socorrer á un desgraciado, sino también á depurar el aire en que viven todos, á hacer más salubre la ciudad común, á ahuyentar los peligros de contagio que por todas partes les rodean.

Aquí, como allá, para el Sanatorio como para el Dispensario, lo que se necesita primero es una persona, una casa, una junta, una Liga que quiera tomar á su cargo la realización de una obra cuya grandeza no guarda proporción con la pequeñez del esfuerzo requerido; que patrocinando la idea, encabece la empresa, arbitre los recursos, maneje los fondos, y después un médico entre tantos que pueden dedicarse á la especialidad del pecho, que conociendo la tisiología, quiera hacer práctica de este ramo cada vez más importante de la Medicina, con provecho propio, beneficio de los pobres y ventajas para el público que, á más de verse defendido del mal, contaría con un especialista ejercitado.

Yo no quiero hacer á ninguno de los que me oyen la injusticia de suponerles tan incrédulos que hayan menester de demostraciones y oi-

fras respecto de una verdad ya harto vulgar, cual es que los Sanatorios y Dispensarios son los grandes recursos del armamento antituberculoso. Solo me resta añadir que, una vez satisfecha esta necesidad, aún quedan los complementos de Sanatorios marítimos, las colonias rurales y agrícolas, para los niños débiles, para los individuos predispuestos, para los tuberculosos convalecientes, á fin de ahogar en germen la semilla del mal y apagar en último término los postreros alientos de una enfermedad que la civilización tiende á hacer desaparecer de sobre la haz de las sociedades.

Contribuyamos á ello, señoras y señores, con todo el entusiasmo de una convicción, con todo el ardor de una caridad bien aplicada, con toda la presteza de quien se siente amenazado de cerca. Yo olvidaría la pena que me causa el haberos molestado tanto esta noche, si mis palabras pudieran haberos convencido, no ya de la necesidad de la obra, sino de lo fácil de su ejecución. Yo daría por compensadas todas las amarguras que por mi propaganda he recibido, del lado de los que sin conocerme se han permitido interpretarme á su manera, jugar con mis ilusiones y burlar mis anhelos, si lograra dejar realizado este proyecto acariciado. Yo me consideraría muy satisfecho de haber abonado algo á mi deuda de gratitud con Málaga, si al ausentarme mañana, cuando la suerte que aquí me trajo me

arrebato de nuevo á otro sitio, á otro mundo, dejara como recuerdo de mi paso, siquiera un Dispensario y un Sanatorio, en memoria del extranjero que falto de otra cosa que ofrecer, dá toda su voluntad, sus energías no cansadas y cuanto le inspira su afecto á la que se gloria en llamar su madre patria.

Pero si mi prédica fuese inútil, mi propaganda estéril y mi acción impotente, entonces, no me quedaría sino exclamar imitando las palabras de las Santas Escrituras: *no lo siento por mí; lo siento por vosotros y por vuestros hijos*









BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6101174483

